

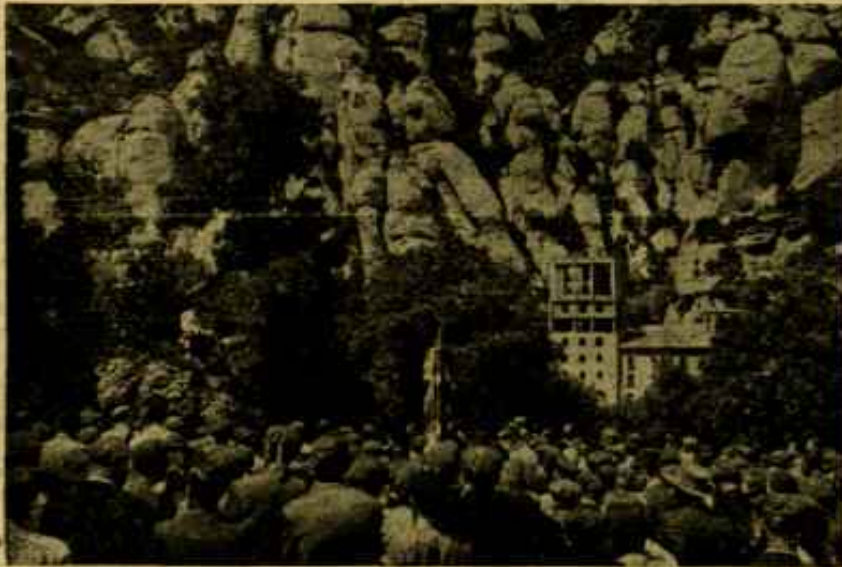
TIEMPOS CRITICOS

DIOS - PATRIA - FUEROS - REY

Núm. 26. — Año XII

En un lugar de la Mancha, junio 1955

EL 1.º DE MAYO EN MONTSERRAT



En el camino de San Miguel, habla el carlismo

«I més n'hauríem vingut, si haguessim tingut temps per a preparar-nos.» Eso fué en la explanada exterior a los claustros de acceso a la iglesia, a media mañana, todavía antes de la Misa. Nos lo decía un carlista de tierras leridanas, muy al norte, esas tierras a las que se llega por carreteras serpenteantes, atornilladas a las laderas de los montes, abiertas, como un balcón desde el que pueda el viajero contemplar la maravilla siempre inédita de los valles. El otro encuentro fué ya cuando las gentes se desparramaban, después de la concentración de mediodía, en busca de la sombra para el almuerzo campesino. El carlista leridano se lamentaba de veras de que no hubiesen podido acudir tantos de sus amigos, que lo deseaban. Aquello, nos decía —lo que había visto y oído—, era Carlismo de veras.

Varios centenares de personas se hallaban ya en Montserrat, la víspera. Desde primeras horas de la mañana del día 1 fueron llegando, por el cremallera, el funicular aéreo o bien en autocares, carlistas de toda la región. Las capitales, Mataró, Calella, Badalona, Manresa, Vich, Cervera, Tárrega, Valls, Vendrell, Vilanova, Mora de Ebro, Tortosa, Pons, Balaguer. La omisión no significa aquí olvido, sino conciencia de la brevedad del espacio que se nos tiene asignado. Entre las diversas representaciones se hallaba la de los carlistas navarros.

(Continúa en la pág. 2)



El autocar que conducía a los requetés catalanes

¡A MONTEJURRA! APUNTES DE UN VIAJE

Alguien, no sé quién, escribió una novela o cosa parecida que se titulaba «Larga es la noche». Esta mañana del 6 de mayo, en la que la jornada empieza para mí a las cuatro y cuarto, después de haber terminado la

del día de ayer a la una y media de la noche —todavía no hace tres horas—, me ha forzado a pensar una y otra vez, en la «asimétrica» ocurrencia

Escribimos estas líneas bajo la impresión ilusionadora, todavía reciente, de dos hechos que juzgamos capitales en la vida del Carlismo, durante el presente año: 1 de Mayo-Montserrat, 8 de Mayo-Montejurra. Quien como nosotros haya sido testigo feliz de ambos hechos, sabe dos cosas. Primera: el Carlismo, para bien de la Religión y de la Patria, está vivo en la masa de los leales, en la entraña del pueblo sano, creyente. Segunda: el Carlismo no puede morir en tanto se conserve en los hogares españoles, puro, indefectible, el amor a la Patria, que es lo mismo que decir el culto a la honradez, a la dignidad y al honor.

Igual en Montserrat que en Montejurra, contemplando a hombres y más hombres que desde distintas partes confluyen a un mismo sitio, fieles a la llamada del Ideal, meditábamos sobre la realidad impresionante del Carlismo. Dejemos ya el hecho, por demás elocuente, de los ciento veinte y pico de años de existencia con que cuenta el Carlismo, y concretémosnos a pensar en estos últimos tiempos, los que median entre la Cruzada y hoy, con todo el cúmulo de ataques descubiertos, de persecuciones airadas, de alevosas mixtificaciones que suponen contra nuestro Ideal. Un año atrás, los mismos carlistas que se concentraban en Montserrat el presente 1 de mayo, eran objeto de vil y cobarde agresión, por parte de elementos del Partido oficial, a saber, Vieja Guardia y Frente de Juventudes. Y no se cumplía medio año siquiera, desde que los carlistas navarros, que en unión de leales

(Continúa en la pág. 2)

(Continúa en la pág. 3)



Los carlistas reunidos en la plaza del Santuario

EN MONTSERRAT, EL 1 DE MAYO

(Viene de la pág. 1)

Quince minutos antes de la hora señalada para la Misa, los carlistas se congregaron en el patio interior del Monasterio. Precedidos por el Santo Cristo, conducido por portantes del Requeté, los peregrinos entraron en la Basílica. En el presbiterio se situaron los ex-combatientes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, rodeando a su gloriosa bandera laureada. Ocupó la sagrada cátedra, un reverendo sacerdote, que con frases penetradas de unción, fué descubriendo, como una enseñanza que debíamos todos seguir, la gesta de la Tradición, plasmada en la Cruzada por el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, cuyos componentes requetés de hoy, nietos de los voluntarios de Carlos V, lo dieron todo, en grado heroico, por Dios y por la Patria.

Terminada la Santa Misa, y entonada la Salve por los asistentes, se emprendió la marcha hacia el camino de San Miguel donde debía rezarse como de costumbre, el responso por los miembros del Tercio, muertos en la campaña. Abría la marcha la bandera del Tercio de Lepanto, a la que daba escolta una sección de requetés uniformados. Seguía inmediatamente la muchedumbre de los asistentes, tocados con boina roja. Atravesando la explanada exterior del Monasterio y cuando dejábamos atrás las gentes que iban abandonando el templo, para engrosar la comitiva, veíamos asomar ya por las primeras estribaciones del camino de San Miguel la bandera del Tercio de Requetés. Situados los concurrentes en el lugar de costumbre, se entonó el responso. Acto seguido, se pronunciaron los discursos alusivos a la conmemoración que se celebraba.

Hizo uso de la palabra, en primer término, un ex-combatiente del Laureado Tercio de Nuestra Señora de Montserrat y que formó también en las filas de los requetés sublevados el 19 de Julio de 1936, en Barcelona. Con palabra vibrante y encendida, el orador despertó el entusiasmo de la muchedumbre al precisar el auténtico significado del 18 de Julio y de la

Cruzada, por el que lucharon y murieron, los primeros, los Requetés, significado que debía reivindicarse en medio de las falsificaciones y desvirtuaciones con que hoy se le presenta. En el ideal que encerraba y encierra aquel significado, está la salvación de la Patria. Terminó exhortando a todos a perseverar, por el bien de la Religión y de la Patria, en la lucha por el triunfo del ideal que simbolizan aquellas fechas y que es en su más puro y genuino significado el del Carlismo.

A continuación, un antiguo militante de la A. E. T., habló de la perenne actualidad del Carlismo, de la que era muestra elocuente la sincera grandiosidad del «aplecha». Los mismos motivos que dieron vida al ideal que hace más de un siglo personificó nuestro Rey Carlos V, cuyo centenario conmemoramos, son los que nos impulsan a nosotros a dar fe de vida en los actuales momentos. Los carlistas encarnan el ideal político en todos los tiempos y mayormente si cabe en los de ahora, cuando por doquier contemplamos burladas arteramente las exigencias de tal ideal. El Carlismo, terminó, seguirá por eso adelante, pase lo que pase y pese a quien pese, sin temor a la persecución ni a la muerte.

La presencia de nuestro Excmo. Señor Jefe Regional fué acogida con una gran ovación, por todos los concurrentes. No es vana, dijo, la alusión al 18 de Julio ni el recuerdo del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat en este acto, antes al contrario, nos traen a la memoria ambas cosas donde ha estado el Carlismo y dónde debe estar hoy para ser tenido por tal: el Carlismo es el espíritu que dió vida a la Cruzada, es la misma Cruzada. Por eso, el Carlismo no tiene nada que ver con las falsificaciones que hoy se llevan y tiene que diferenciarse notablemente de ellas y conservar su independencia para que nadie, ni los de fuera, ni los de dentro, se llame a engaño. Señaló los peligros y las realidades nefastas que se ciernen hoy sobre España y recordó cómo tan sólo el Carlismo, entendido de aquel modo, que es el suyo, necesariamente absoluto, ofrece la garantía plena, con la ayuda de Dios, para la salvación del

PRESENTE E INMORTAL

(Viene de la pág. 1)

de otras regiones, peregrinaban a Montejurra, sufrían la injuria y vejación de un ataque provocado por el Régimen contra sus privilegios forales. Sin embargo, unos y otros estaban en sus puestos el día fijado. Unos y otros decían con su presencia en las cimas sagradas a todos los españoles de buena fe, que el Carlismo sigue hoy, siempre nuevo, nunca muerto, convocando a sus leales y a todos los patriotas para la empresa de salvar al país y de garantizar sobre bases incommovibles, libres de falsedad y de corrupción, el futuro.

Y esos hombres, se mueven al reclamo de una propaganda tenaz, persistente, montada con el ajuste y la perfección de una maquinaria perfectísima? No. Rotundamente, no. Esos hombres acuden impelidos por el fuego interno de unas convicciones vividas a fondo, que arrancan espontáneas de su concepción cristiana del vivir. El Carlismo es una doctrina política que aspira a que el católico no sea tal únicamente en el sagrario del hogar, sino en la vida social y ciudadana. Esos hombres saben que en España, por desgracia, no se da eso, y quieren ser consecuentes. Sienten la necesidad de ser carlistas, cuando tantos, sintiendo esa necesidad, dejan de remediarse por temor, por cobardía o por espíritu de comodidad. Mientras haya hombres como los primeros, habrá Carlismo. Mientras haya Carlismo habrá una esperanza. Mientras tengamos la esperanza, podremos, si queremos, contar con la realidad. Montserrat y Montejurra nos dan la lección.

país. De ahí, el deber de todos los carlistas, deber que no puede posponerse a fingidos ideales ni a engañosas concreciones. El Carlismo debe conservarse vivo y eficaz, ha de desplegarse con toda su fuerza, que es la de la España auténtica, para responder a la esperanza que el Papa ha depositado en nuestra Patria al decir:

«Nos alimentamos, por lo que se refiere a España, un solo deseo: verla una y gloriosa, alzando en sus manos poderosas una cruz, rodeada por todo ese mundo que, gracias principalmente a ella, piensa y reza en castellano, y propondría después como ejemplo del poder restaurador, vivificador y educador de una fe, en la que, después de todo, hemos de venir siempre a encontrar la solución de todos los problemas». El Jefe Regional expresó la gratitud de los carlistas catalanes al Rdm. P. Abad y los PP. Benedictinos del Monasterio, por la cordial acogida que cada año dispensan a nuestra peregrinación.

Los cantos de los requetés se dejaron oír en adelante, como un símbolo del entusiasmo que el acto había despertado en todos los corazones. Muy arriba, en lo alto de unas rocas que se cimbrean sobre el Monasterio, lucían las aspas de Borgofa del Requeté. Nada detiene a nuestros hombres. Así pensábamos, cuando nos despedíamos de Montserrat. Nadie detiene a los carlistas en su voluntad de servicio a la Causa.

¡A MONTEJURRA! (Apuntes de un viaje)

(Viene de la pág. 1)

de ese buen señor que acaso por padecer de insomnio tuvo la idea de decir que la noche era larga. De todas formas «Paris bien vale una Misa», dijo el tunante rey francés, que sabía lo que llevaba entre manos. Sin duda, todos nosotros hemos pensado que Montejurra bien vale un madrugón. Digo, porque no ha dado el cuarto para las seis, cuando todos nos hallamos ya en nuestros puestos del autocar y emprendemos, sin demora, la marcha. Las ciudades y pueblos de Cataluña, van sucediéndose unos a otros con perfecto ritmo de regularidad. Y así sucede también con nuestros cantos, que evocan gestas de los requetés de hoy y de los de ayer. cen también que contestaban los vo- Cuando traspuesto el límite de la provincia de Lérida, saludamos la aparición de las tierras mañías con el «Sale el sol por los montes de Aragón...», hemos recordado ya a Savalls, en su famoso duelo con Cabrinetty, al bravo Auguet con sus dos compañías, y al audaz Miret, el que paseaba por la calle de la Ciudad, aporreando las puertas con la culata de un «Remington».

Las gentes nos miran atónitas. Todo el gesto de sus semblantes es una muda interrogación. «¿A dónde vais, bárbaros navarros?», dicen preguntaban a los voluntarios de Zumalacárregui, cuando iban camino de Bilbao. Y diluntarios: «¿A la muerte!». Respuesta indescifrable acaso para los que preguntaban, pero que de cara a los navarros que la daban tenía una significación muy concreta: ellos iban a la muerte, si era preciso, para hacer que triunfara el ideal. Yo voy pensando que las gentes que se detienen hoy atónitas para contemplarnos, tal vez pondrían cara de extrañeza, de una cierta extrañeza, si les dijéramos a qué vamos. El Carlismo ha sido siempre así. Ha estado firme en su puesto, cuando muchos no comprenden el por qué del estar firmes ahí. El Carlismo está alerta en las horas tremendas de la guerra y en las horas, grávidas de tempestades, de la fingida paz. Aunque muchos, para su mal, no lo entiendan.

Y así, Zaragoza, donde se hace un alto para depositar una plegaria a los pies de la Santísima Virgen del Pilar, que veló los pasos heroicos del Tercio de Requetés aragoneses de su nombre, y donde aumenta el número de expedicionarios con un carlista de pura cepa, radicado en el antigua Cesaraugusta, y Tudela, donde es otro carlistón navarro el que se une a nosotros, y de noche ya en Pamplona, pasando por Olite, cuyas calles, densas de historia, transmitieron el eco del Oriamendi que, a coro con los navarros, entonamos en el viejo caserón del Círculo Carlista. Al día siguiente, de buena mañana, partiríamos de Pamplona, llevándonos con nosotros, a varios carlistas de la capital del antiguo Reino, en busca del Montejurra.

El sol que ni por un instante se echó a descansar tras la cortina de una nube, porque no la hubo en toda la mañana, podría contar a maravilla el aspecto que desde lo alto presentaba el Montejurra. Porque desde la explanada del Monasterio de Irache, donde la Reina Margarita ganó para siempre el título de Angel de la Caridad, hasta el pico más encumbrado del monte, manos invisibles sujetaban

una larga cinta de innumerables puntos rojos —boinas de los peregrinos— que oscilaba serpenteante al compás de cánticos y de oraciones. A cada cruz, un alto. Y en cada cruz grabados los nombres gloriosísimos de unos tercios de requetés: Lácar, Navarra, Almagávars, Merced, Nuestra Señora de Montserrat, San Ignacio, María de las Nieves, Begoña, Montejurra, Cristo Rey, Camino, Covadonga, Virgen Blanca, San Miguel, Nuestra Señora de los Reyes, Zumalacárregui, San Fermin, etc., etc. Toda Navarra, todos y cada uno de los carlistas que acudíamos a Montejurra nos sentimos estrechamente vinculados a esos nombres. Nos hablan del sacrificio generoso de los carlistas que nos precedieron y que nos acompañaron en el

nunció utias palabras a modo de brindis. El espectáculo que habíamos contemplado, dijo, nos hablaba a las claras de lo que había sido siempre Navarra para los carlistas: ejemplo, luz y guía. Los carlistas catalanes llevábamos a Navarra un mensaje de necesaria esperanza: que fuera hoy también, como no dudábamos y habíamos visto era, ejemplo para un despertar del Carlismo, en todos los puntos de España, con una acción decidida, enérgica y eficaz.

Terminada la comida, y avanzando por el mar de boinas rojas que era Estella ya a las primeras horas de la tarde, nos dirigimos al Santuario de Nuestra Señora del Puy, a orar por el alma de los generales carlistas fusilados por Maroto. Los rostros de los



Los requetés catalanes rodeando a D. Bruno Lezaún

combate por nuestra fe y nuestra Patria. Por eso, estaba allí el Carlismo de siempre, el que no sabe de edades ni de clases sociales, ni de hombres y mujeres separados entre sí por visiones contrapuestas. El Carlismo es el pueblo sano y ha hecho en Navarra el milagro de que todos se sientan unos. Vimos a adolescentes y vimos a ancianos y a ancianas de más de ochenta años subiendo por su pie al Montejurra. ¡Qué lección para los que quieren prescindir de la verdad del Carlismo, que es España, y para nosotros, carlistas, que, a veces, parece dormimos sin darnos cuenta de lo que es y significa el pueblo carlista! Al mediodía ya, en el altar excavado en la misma roca, frente al llano contiguo al vértice más alto del Montejurra, los peregrinos oímos la Santa Misa y escuchamos la fervida exhortación que en memoria de los mártires carlistas, dirigió a la muchedumbre, el sacerdote celebrante. Después, mientras unos permanecían en las estribaciones de la cumbre, para almorzar allí mismo, otros descendíamos del monte, para marchar en coches y autocares a Estella. Corte que fué de nuestros Reyes.

Acompañados de varios carlistas navarros, los requetés catalanes llenamos la amplia sala de uno de los restaurantes estellenses. Al término de la comida, uno de los nuestros pro-

generales Guergué, Sanz, Carmona, Balmaseda, y del intendente Uriz, toscamente perfilados, bajo la amplia boina bermeja son hitos primeros de la fidelidad nunca desmentida de los carlistas, a despecho de todas las traiciones, clavados en el corazón mismo de la sede de nuestros Reyes. A los pies de Nuestra Señora del Puy los requetés catalanes oramos por el alma de los que sellaron con la muerte, como aquellos, la fidelidad a la Causa, y pedimos a Dios la fidelidad inquebrantable a la Causa para todos los carlistas.

Después fué la salida triunfal, entre las jotas de los carlistas de Viana y los vitores de todos para los requetés catalanes, y el encuentro, más tarde con los carlistas vizcainos que comulgan con navarros y catalanes en el mismo entusiasmo por un ideal que no puede ni debe morir para bien de España. Cada encuentro significaba allí la mutua promesa de adquirir un sagrado compromiso: estar hoy más que nunca firmes en nuestros puestos y avanzar, sin desmayos, hacia el triunfo definitivo de nuestro ideal. Una esperanza ésta de la que fué, a lo largo de pueblos y ciudades, hasta retornar a Cataluña, la pancarta que cubría la parte posterior del autocar y que decía: «A Montejurra. Los requetés catalanes saludan a sus hermanos navarros».

ESPAÑA, POR EL CAMINO DE LA CLAUDICACION Y DEL DESASTRE

A medida que va adquiriendo mayor consistencia la profunda maniobra que trata de rehacer, en el campo específico de las relaciones diplomáticas normales, la colaboración íntima entre los dirigentes democráticos y los jefes soviéticos, se perfila también la verdadera naturaleza de los acuerdos de alianza que ligan a España con los Estados Unidos de América.

Asistimos en estos días a una revalorización pública de la amistad entre Washington y Moscú, al impulso de los buenos oficios prestados sin reticencias y sin restricciones por las cancillerías de Londres y París.

A su luz, se confirma la aprensión que despertó en su día la presentación del general Eisenhower como candidato republicano y su posterior designación como Presidente de los Estados Unidos, y se comprende el sentido exacto de un plan de largo alcance, destinado a superar las graves divergencias surgidas entre los aliados de 1933, de 1941 y de 1945. La guerra de Corea que planteó en carne viva la oposición entre los dos bloques que se han dividido el mundo, y que sólo la intervención de ciertos consejeros, de indefinida nacionalidad, magníficamente situados a ambos lados del telón de acero, impidió degenerase en la tercera guerra mundial, representó el punto culminante de un estado de tensión que la presencia de Eisenhower en la Casa Blanca logró transformar en el inicio de una nueva política muy cercana a la que inaugurara veinte años antes Franklin D. Roosevelt.

Desde aquel preciso instante, quedó concretado el papel que iba a representar Eisenhower, con suficiente diafanidad. Podía truncarse sin duda su misión por la acción de algunos núcleos políti-

cos y militares que no estaban dispuestos a corear la táctica de apaciguamiento. Pero esos personajes quedaron prácticamente eliminados al no llegar a desentrañar la verdadera naturaleza, principios y designios de la teoría «pacifista» impulsada por la Casa Blanca y sus consejeros. Ello hizo posible que el armisticio de Corea pudiera traer en pos de sí una política de renuncia de la que son concluyente expresión el acuerdo de Ginebra, la neutralización de Austria y la conferencia de los cuatro grandes.

El Gobierno de Norteamérica sigue, con los necesarios altibajos para frustrar toda posible reacción, un camino recto, en su misma tortuosidad, que habría de conducir a la entrega de Europa al comunismo, ahogando y desintegrando antes las posibles resistencias. Por eso era necesario que España pudiera ser juguete de esa política destructora, para minar su recia espiritualidad y su profundo patriotismo. Tal fué el objetivo principal que hizo posible el pacto de alianza con los magnates de Washington.

Los resultados están a la vista. No habrá plan Marshall para España, se darán los dólares con cuentagotas, se restringirán hasta el límite de la asfixia los créditos. En contrapartida, se hace legalmente imposible la defensa de la unidad católica, mientras se deja actuar a los protestantes, a los judíos, y se recrudecen los movimientos internacionalistas de toda laya que actúan esencialmente contra la fe. Estas y otras manifestaciones sectarias menos conocidas, constituyen un purulento cáncer que ataca ya los órganos vitales de la nación, mientras un silencio que nada bueno presagia oculta a los ojos de los profanos

la magnitud de la tragedia que se está preparando.

Se dice que las bases instaladas por el Gobierno de los Estados Unidos de América en territorio español, serán siempre propiedad de España. Pero, ¿de qué España? Si no se produce a tiempo una sana reacción, la España oficial se convertirá totalmente en una España que bien poco se diferenciará de la España monárquica liberal o de la España republicana, con sus persecuciones a la Iglesia inclusive y sus quemaduras de conventos, estilo «semana trágica» o diez de mayo de 1931.

La alianza con Norteamérica habrá servido tan sólo, y es gravísimo, para apoyar decididamente la destrucción del alma católica y patriota de un pueblo levantado en armas un 18 de julio en defensa de la Religión y de la Patria. De ahí al entendimiento con los soviets conforme a los cánones señalados por la Casa Blanca, habrá un solo paso.

La estancia en territorio español de diversos representantes de la Rusia Soviética, en fechas muy recientes, demuestra que el peligro a que aludimos es real y muy próximo.

A los españoles todos, y principalmente al pueblo carlista, conviene tener un conocimiento claro y exacto de los peligros que encubren la actual situación política del país y las obligaciones pactadas con otros gobiernos. La amenaza no puede ser más grave ni más inmediata. Sólo la resolución heroica, por cristiana y patriótica, de la verdadera España puede dar al traste con la amplísima maniobra que trata de anorrear nuestra unidad católica y nuestro ser nacional.